

IDENTIDAD CRISTIANA Y FORMACIÓN RELACIONAL EN LA ADOLESCENCIA: UN ANÁLISIS BÍBLICO-TEOLÓGICO DESDE LA EDUCACIÓN ADVENTISTA

Joel David Albarrán Molina¹

Resumen: La adolescencia es una etapa marcada por cambios profundos en la manera en que el individuo construye su identidad y se relaciona con los demás. En la actualidad, muchos adolescentes enfrentan dificultades para desarrollar vínculos estables y significativos, especialmente en un contexto influenciado por la inmediatez, el individualismo y la fuerte presencia de las tecnologías digitales. Considerando esta realidad, la reflexión cristiana y la educación confesional adquieren especial relevancia. El presente estudio analiza la relación entre identidad cristiana y formación relacional en la adolescencia desde una perspectiva bíblico-teológica vinculada a los principios de la educación adventista. La investigación fue desarrollada mediante una revisión bibliográfica y documental de carácter cualitativo, basada en fuentes bíblicas, teológicas y educativas. Dicho estudio sostiene que la identidad cristiana, comprendida como una relación restaurada con Dios a través de Cristo, influye directamente en la manera en que el adolescente comprende su valor personal, construye vínculos y desarrolla su carácter. Se destaca que la educación adventista propone una formación integral que articula espiritualidad, convivencia y desarrollo humano, favoreciendo ambientes de pertenencia, acompañamiento y crecimiento socioemocional. Se concluye que el fortalecimiento de la identidad cristiana puede contribuir al desarrollo de relaciones interpersonales más maduras, responsables y solidarias, ofreciendo al adolescente herramientas para enfrentar los desafíos relacionales de la cultura contemporánea.

Palabras clave: identidad cristiana; adolescencia; relaciones interpersonales; educación adventista; formación del carácter; teología bíblica.

CHRISTIAN IDENTITY AND RELATIONAL FORMATION IN ADOLESCENCE: A BIBLICAL-

¹ Doctorando en Ciencias de la Educación por la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL). Magíster en Gerencia de las Finanzas y de los Negocios por la Universidad Yacambú. Se desempeña como pastor escolar del Colegio Adventista de Maceió. E-mail: davidalbarran.jd@gmail.com



THEOLOGICAL ANALYSIS FROM THE PERSPECTIVE OF ADVENTIST EDUCATION

Abstract: Adolescence is a stage marked by profound changes in the way individuals construct their identity and relate to others. Today, many adolescents face difficulties in developing stable and meaningful relationships, especially within a context influenced by immediacy, individualism, and the strong presence of digital technologies. Considering this reality, Christian reflection and faith-based education acquire special relevance. This study analyzes the relationship between Christian identity and relational formation during adolescence from a biblical-theological perspective connected to the principles of Adventist education. The research was developed through a qualitative bibliographic and documentary review based on biblical, theological, and educational sources. The study argues that Christian identity, understood as a restored relationship with God through Christ, directly influences the way adolescents understand their personal value, build relationships, and develop their character. It highlights that Adventist education proposes a holistic formation that integrates spirituality, social interaction, and human development, fostering environments of belonging, guidance, and socio-emotional growth. It is concluded that strengthening Christian identity can contribute to the development of more mature, responsible, and supportive interpersonal relationships, providing adolescents with tools to face the relational challenges of contemporary culture.

Keywords: Christian identity; adolescence; interpersonal relationships; Adventist education; character formation; biblical theology.

IDENTIDADE CRISTÃ E FORMAÇÃO RELACIONAL NA ADOLESCÊNCIA: UMA ANÁLISE BÍBLICO- TEOLÓGICA SOB A PERSPECTIVA DA EDUCAÇÃO ADVENTISTA

Resumo: A adolescência é uma fase marcada por profundas mudanças na forma como os indivíduos constroem sua identidade e se relacionam com os outros. Hoje, muitos adolescentes enfrentam dificuldades para desenvolver relacionamentos estáveis e significativos, especialmente em um contexto influenciado pela imediatidade, pelo individualismo e pela forte presença das tecnologias digitais. Diante dessa realidade, a reflexão cristã e a educação baseada na fé adquirem especial relevância. Este estudo analisa a relação entre identidade cristã e formação relacional durante a adolescência a partir de uma perspectiva bíblico-teológica conectada aos princípios da educação adventista. A pesquisa foi desenvolvida por meio de uma revisão bibliográfica e documental qualitativa, baseada em fontes bíblicas, teológicas e educacionais. O estudo argumenta que a identidade cristã, entendida como um relacionamento restaurado com Deus por meio de Cristo, influencia diretamente a maneira como os adolescentes compreendem seu valor pessoal, constroem relacionamentos e desenvolvem seu caráter. Destaca-se que a educação adventista propõe uma formação holística que integra



Identidad cristiana y formación relacional en la adolescencia: un análisis bíblico-teológico desde la educación adventista

espiritualidade, interação social e desenvolvimento humano, fomentando ambientes de pertencimento, orientação e crescimento socioemocional. Conclui-se que o fortalecimento da identidade cristã pode contribuir para o desenvolvimento de relacionamentos interpessoais mais maduros, responsáveis e solidários, fornecendo aos adolescentes ferramentas para enfrentar os desafios relacionais da cultura contemporânea.

Palavras-chave: identidade cristã; adolescência; relacionamentos interpessoais; educação adventista; formação de caráter; teologia bíblica.

Submetido em: 08/04/2026

Aprovado em: 09/06/2026

DOI: <https://doi.org/10.19141/1809-2454.kerygma.v21.n1.pe2131>



INTRODUCCIÓN

La adolescencia representa una etapa crítica del desarrollo humano, caracterizada por transformaciones profundas en las dimensiones física, emocional, social, moral y espiritual. Como señala Eddy Ives (2014, p. 14-16), durante este período, el individuo enfrenta la tarea de consolidar una identidad relativamente estable, definir criterios de discernimiento y construir relaciones significativas que orienten su inserción en la vida adulta. Esto hace que sea una etapa decisiva en el desarrollo del carácter de una persona y de sus decisiones para el resto de su vida.

Así, el estudio de la formación del carácter y de las relaciones interpersonales en esta etapa se reviste de especial relevancia tanto para la educación como para la reflexión teológica. Esta realidad es aún más significativa en el ámbito escolar, en donde las tensiones naturales de las dinámicas escolares hacen más desafiantes el desarrollo personal, ya que existen algunos factores de orden social, emocional, familiar, cultural y tecnológico que juegan un papel importante en las relaciones interpersonales, principalmente entre los propios adolescentes. Este proceso se ha vuelto particularmente complejo. La aceleración de la vida cotidiana, la fragmentación de los vínculos sociales y la expansión de las mediaciones tecnológicas han alterado de manera significativa las formas de interacción humana.

Aunque la tecnología ha ampliado las posibilidades de comunicación, ello no se ha traducido necesariamente en relaciones más profundas o estables. Por el contrario, se observa con frecuencia una tensión entre hiperconectividad y soledad, cercanía física y distancia emocional. Esta realidad es abordada por Santana, Gómez y García (2019) cuando sostienen que las actuales generaciones están sufriendo severas consecuencias por el uso inadecuado de las redes sociales, ya que han conseguido que cuando una persona experimenta una sensación de soledad, depresión, tristeza, melancolía o aburrimiento busque de forma inconsciente el smartphone como si de un chupete para un bebé se tratara. Claramente esta realidad describe las interacciones sociales de una forma realista y actual.

En el contexto de la educación brasileña, esta realidad resulta aún más compleja. A pesar de las políticas gubernamentales orientadas a promover un uso más responsable de las tecnologías, especialmente en el ámbito escolar, persisten importantes desafíos relacionados con la formación ética, emocional y relacional de los adolescentes. Entre los



avances recientes se encuentra la ampliación de las medidas de protección y promoción de los derechos de la infancia y la adolescencia mediante la Ley 15.211/2025, conocida como *ECA Digital*, que fortalece los mecanismos de prevención de la violencia digital y amplía las responsabilidades de las plataformas tecnológicas (Ministério dos Direitos Humanos e da Cidadania, 2025).

Sin embargo, aunque estas iniciativas representan avances relevantes en el ámbito jurídico y social, los desafíos relacionados con la formación ética, emocional y relacional de los adolescentes continúan demandando la participación de la familia, la escuela y las comunidades educativas y religiosas.

Desde una perspectiva cristiana, esta crisis relacional no puede analizarse únicamente como un fenómeno sociológico como consecuencia de los tiempos actuales, en donde comparados al pasado se han fragmentado las relaciones interpersonales. El testimonio bíblico muestra que el ser humano fue creado para vivir en relación: relación con Dios, con los demás y consigo mismo. Por ello, la ruptura de estas dimensiones afecta de manera directa la construcción de la identidad.

Por ello, la educación adventista ofrece una perspectiva especialmente relevante, al proponer una formación integral basada en la restauración de la imagen de Dios en el ser humano y en el desarrollo armónico de sus facultades. A partir de esta base, el presente artículo analiza la relación entre identidad cristiana y formación relacional en la adolescencia desde un enfoque bíblico-teológico enmarcado en la educación adventista.

En este contexto, surge la necesidad de examinar de qué manera una identidad cristiana, entendida como relación restaurada con Dios y fundamento del carácter, puede contribuir a la formación relacional del adolescente. La pregunta que orienta este estudio es la siguiente: ¿de qué modo la identidad cristiana, comprendida desde un enfoque bíblico-teológico y educativo adventista, contribuye a la formación de relaciones interpersonales saludables en la adolescencia?

El presente estudio se desarrolla desde un enfoque cualitativo de carácter bibliográfico y documental. Se apoya en el análisis de tres grupos de fuentes: (a) textos bíblicos relacionados con la creación, la caída, la restauración y la vida comunitaria; (b) literatura teológica vinculada con la identidad cristiana, la antropología bíblica y la formación del carácter; y (c) fuentes del ámbito educativo relacionadas con adolescencia, desarrollo humano y educación confesional. El procedimiento metodológico consiste en



la selección, organización y exposición de dichas fuentes a partir de una lectura hermenéutica y teológica. Se trata de un enfoque de carácter expositivo. El análisis se orientó a identificar categorías centrales para comprender la formación relacional del adolescente, especialmente las nociones de creación, comunión, pecado, restauración, carácter y educación integral.

LA CRISIS RELACIONAL DE LA GENERACIÓN CONTEMPORÁNEA

Las últimas décadas han estado marcadas por profundas transformaciones en las formas de interacción social y en la construcción de los vínculos humanos. Aunque los avances tecnológicos han ampliado significativamente las posibilidades de comunicación y han reducido las barreras de tiempo y distancia, también han reconfigurado la manera en que las personas experimentan la cercanía, la presencia y la intimidad. Así, la tecnología puede entenderse como una especie de “arquitecta de nuestra intimidad”, pues, como advierte Turkle (2011, p. 1), la hiperconectividad digital puede coexistir con profundas experiencias de soledad y aislamiento emocional, especialmente entre los jóvenes.

En un entorno donde predominan interacciones breves, exposición constante y vínculos fácilmente reemplazables, el adolescente puede experimentar dificultades para desarrollar empatía, compromiso, escucha y madurez afectiva. Aunque las tecnologías de comunicación facilitan la conectividad constante, existe un aumento de experiencias de aislamiento emocional y fragilidad vincular. Esta realidad plantea interrogantes relevantes sobre la capacidad contemporánea de desarrollar vínculos humanos profundos y duraderos.

La progresiva mediación tecnológica de las relaciones sociales puede generar procesos de distanciamiento interpersonal difíciles de identificar en la vida cotidiana. Paradójicamente, el aumento de la conectividad digital no siempre se traduce en mayor proximidad emocional entre las personas. Diversos espacios tradicionales de convivencia social han experimentado transformaciones significativas en sus dinámicas de interacción interpersonal. En la actualidad, muchas de estas dinámicas relacionales han sido sustituidas por interacciones mediadas predominantemente por dispositivos digitales.

Hoy se observa una creciente dependencia de las tecnologías digitales que influye significativamente en las dinámicas de las relaciones interpersonales presenciales. El



problema no radica en la tecnología en sí misma, sino en la forma en que esta ha pasado a ocupar un lugar central en la vida cotidiana de muchas personas. En lugar de ser utilizada de manera consciente y equilibrada como una herramienta al servicio del ser humano, con frecuencia son los individuos quienes terminan adaptando sus comportamientos, hábitos y formas de interacción a las exigencias de los entornos digitales.

Como consecuencia, se percibe un progresivo distanciamiento en las relaciones humanas y una disminución de los encuentros significativos cara a cara. En este contexto, Bauman (2005, p. 13) señala que “en una red, las conexiones se establecen a demanda, y pueden cortarse a voluntad”, evidenciando la fragilidad y la transitoriedad de los vínculos en la sociedad contemporánea. Vivimos en una época caracterizada por conexiones rápidas y relaciones cada vez más superficiales, donde la mediación tecnológica, aunque amplía las posibilidades de comunicación, también puede debilitar la empatía, el compromiso interpersonal y la profundidad de los vínculos humanos.

Esta situación constituye una de las manifestaciones más evidentes de la crisis relacional contemporánea. El creciente debilitamiento de habilidades relacionales y socioemocionales entre adolescentes y jóvenes contemporáneos dificulta el desarrollo saludable de competencias sociales fundamentales. Estas habilidades resultan esenciales para la toma de decisiones responsables y la participación ética en la vida comunitaria.

Se trata de una problemática compleja y persistente que involucra dimensiones culturales, tecnológicas y socioemocionales. En numerosos casos, estos procesos ocurren de manera gradual y poco perceptible para los propios individuos. Es una realidad palpable, evidente ante nuestros ojos, de la cual muchos siguen siendo víctimas sin siquiera percibirlo. Se trata de una problemática compleja, influenciada por múltiples factores que han ido moldeando la forma en que los jóvenes perciben, construyen y sostienen sus relaciones.

El contraste con las dinámicas relacionales de décadas anteriores resulta ilustrativo. En otros contextos socioculturales, las conversaciones entre vecinos, las reuniones familiares y los encuentros cotidianos constituían espacios de socialización natural. Allí se fortalecían la escucha, la convivencia, la memoria compartida y el sentido comunitario. Estos ámbitos que no solo favorecían la interacción, sino también la formación del carácter y la interiorización de valores.



La crisis relacional contemporánea no puede reducirse a una nostalgia cultural. Se trata de un fenómeno que afecta directamente la manera en que los jóvenes construyen su forma de pensar y relacionarse y que demanda respuestas educativas y espirituales capaces de restaurar el valor del vínculo humano.

La generación contemporánea se encuentra marcada por formas de distanciamiento social que dificultan el desarrollo saludable de habilidades relacionales fundamentales para la vida en comunidad. El fortalecimiento de competencias relacionales puede favorecer procesos de madurez ética, responsabilidad social y desarrollo integral. La crisis relacional contemporánea constituye un fenómeno multidimensional que afecta significativamente los procesos de construcción identitaria y convivencia social.

Esta problemática adquiere especial relevancia en la adolescencia, etapa en la que el individuo necesita referentes estables, sentido de pertenencia y espacios relacionales seguros para la consolidación de su identidad. Desde la psicología del desarrollo, Erikson sostiene que la adolescencia constituye una etapa crucial en la formación de la identidad, en la que el individuo debe integrar las experiencias y modelos adquiridos durante la infancia en una estructura personal más consistente. En este sentido, afirma que “durante la adolescencia, el joven debe integrar las identificaciones construidas en la infancia en una identidad del yo más coherente y estable” (Erikson, 1963, p. 261). Por ello, el adolescente enfrenta el desafío de consolidar una identidad coherente frente a la confusión de roles, proceso que depende en gran medida de la existencia de referentes estables, vínculos significativos y espacios seguros de pertenencia (Erikson, 1976, p. 128-135).

EL FUNDAMENTO BÍBLICO DE LA RELACIONALIDAD HUMANA

La Escritura presenta al ser humano como un ser esencialmente relacional. La vida en comunidad, el acompañamiento mutuo y la hospitalidad no aparecen como elementos secundarios de la experiencia humana, sino como expresiones concretas del propósito divino para la creación. Desde el relato del Génesis hasta la vida de la iglesia primitiva, la Biblia muestra que la existencia humana alcanza su plenitud en el contexto de relaciones significativas con Dios y con los demás.



La relacionalidad humana no constituye únicamente una necesidad social o psicológica, sino una dimensión teológica derivada del carácter mismo de Dios. El Dios revelado en las Escrituras se manifiesta como un Dios que busca la comunión con sus criaturas y que establece relaciones basadas en el amor, la fidelidad y el cuidado. Por ello, la capacidad humana para vivir en comunidad refleja, de manera limitada, la vocación relacional inscrita por el Creador en la naturaleza humana.

El Nuevo Testamento presenta la comunidad cristiana como un espacio donde la identidad del creyente se desarrolla mediante la comunión, el servicio y el amor mutuo. Hechos 2:46-47 describe a la iglesia primitiva reuniéndose diariamente, compartiendo el pan en las casas y viviendo con alegría y sencillez de corazón. Más que una simple descripción histórica, este pasaje revela que la vida compartida constituía una expresión visible de la obra restauradora de Dios en la comunidad de los creyentes. En este sentido, Bonhoeffer (2012, p. 13) afirma que “comunidad cristiana significa comunión en Jesucristo y por Jesucristo”, destacando que la verdadera comunión no se fundamenta únicamente en afinidades humanas, sino en la acción reconciliadora de Cristo.

Esta misma perspectiva aparece en diversos textos bíblicos que destacan la centralidad de la vida comunitaria. Salmos 133:1 exalta la bendición de habitar en armonía, mientras que Eclesiastés 4:9-10 resalta el valor del apoyo mutuo en las dificultades de la vida. Romanos 12:10 y 13 presenta el amor fraternal y la hospitalidad como expresiones prácticas de la fe cristiana. Del mismo modo, Juan 13:34-35 establece el amor mutuo como señal distintiva del discipulado, sugiriendo que la autenticidad de la relación con Cristo se manifiesta en la calidad de las relaciones humanas. Por su parte, Hebreos 10:24-25 exhorta a los creyentes a no abandonar la reunión comunitaria, reconociendo el valor formativo y espiritual del encuentro presencial.

Desde esta perspectiva, la identidad cristiana no puede comprenderse de manera individualista. La fe bíblica presenta al creyente como parte de una comunidad de fe en la que el crecimiento espiritual ocurre mediante la interacción, el servicio y la responsabilidad mutua. La comunión con Dios conduce necesariamente a la comunión con los demás, de manera que la dimensión relacional constituye un aspecto esencial de la experiencia cristiana.

La educación adventista encuentra en esta comprensión bíblica uno de sus fundamentos centrales. White (2009, p. 13) sostiene que “la verdadera educación significa



más que la prosecución de un determinado curso de estudio. Significa más que una preparación para la vida actual. Tiene que ver con todo el ser y con todo el período de existencia posible para el hombre”. Esta afirmación refleja una visión integral de la persona, en la que el desarrollo intelectual se encuentra inseparablemente unido al crecimiento espiritual, moral y relacional. Desde esta perspectiva, el propósito de la educación no consiste únicamente en transmitir conocimientos, sino en participar del proceso divino de restauración de la imagen de Dios en el ser humano.

La comprensión adventista de la educación reconoce que dicha restauración incluye necesariamente la recuperación de relaciones saludables con Dios y con los demás. En consecuencia, la convivencia, el servicio, la cooperación y la vida comunitaria adquieren un valor formativo fundamental. La escuela cristiana no solo constituye un espacio de aprendizaje académico, sino también una comunidad donde los estudiantes pueden desarrollar empatía, responsabilidad, sentido de pertenencia y compromiso con el prójimo.

En síntesis, los textos bíblicos analizados permiten afirmar que la relacionalidad forma parte del diseño original de Dios para la humanidad. La persona humana no alcanza su plenitud en el aislamiento, sino en el marco de relaciones orientadas por la comunión, el amor, el servicio y la responsabilidad mutua. En un contexto contemporáneo marcado por la fragmentación relacional y el individualismo, este fundamento bíblico-teológico adquiere renovada relevancia, ofreciendo una comprensión de la identidad humana que integra pertenencia, comunidad y restauración.

EL DISEÑO ORIGINAL DE DIOS: COMUNIÓN E IDENTIDAD EN EL EDÉN

El relato de la creación presenta el fundamento bíblico de la identidad humana y de la vocación relacional del ser humano. Según Génesis 1:26-27, la humanidad fue creada a imagen y semejanza de Dios (*imago Dei*), una afirmación que no solo confiere dignidad y valor intrínseco a cada persona, sino que también revela el propósito relacional para el cual fue creada. Desde una perspectiva bíblica, la identidad humana no surge de la autosuficiencia individual ni del reconocimiento social, sino de la relación con el Creador y de la participación en su propósito para la humanidad.

Grenz (2001) sostiene que la identidad humana se desarrolla en el contexto de relaciones significativas, mientras que Volf (1998) afirma que la apertura al otro forma



parte esencial de la vocación humana reflejada en la imagen de Dios. Ambos autores coinciden en que la identidad no constituye una realidad aislada o puramente individual, sino una experiencia que se construye en el marco de relaciones de pertenencia, reconocimiento y comunión. Desde esta perspectiva, la condición relacional del ser humano no representa un aspecto secundario de su existencia, sino una expresión fundamental de su condición de portador de la imagen divina.

La comprensión adventista coincide con esta visión al afirmar que la imagen de Dios abarca las dimensiones físicas, mentales, espirituales y sociales de la existencia humana. White (2009, p. 12) afirma: "La obra de la redención debía restaurar en el hombre la imagen de su Hacedor, devolverlo a la perfección con que había sido creado, promover el desarrollo del cuerpo, la mente y el alma, a fin de que se llevara a cabo el propósito divino de su creación. Este es el objetivo de la educación, el gran propósito de la vida". En consecuencia, la identidad humana encuentra su fundamento último en la relación con Dios y no exclusivamente en factores psicológicos, culturales o sociales. Esta perspectiva posee profundas implicaciones educativas, pues reconoce que la formación integral debe contribuir al desarrollo armónico de todas las facultades humanas y a la restauración de las relaciones para las cuales el ser humano fue creado.

En Génesis 2:18, la declaración divina "no es bueno que el hombre esté solo" constituye una de las expresiones más significativas de la naturaleza relacional de la humanidad. Antes de la entrada del pecado, Dios identifica la soledad como una condición incompatible con el ideal de la creación. La existencia humana fue diseñada para desarrollarse en comunidad, mediante vínculos de amor, cooperación y complementariedad. Como señala Walton (2001, p. 67-71), la narrativa de Génesis presenta un orden creado en el que las relaciones forman parte esencial de la estructura funcional del mundo establecido por Dios.

El jardín del Edén constituye el escenario paradigmático de esta realidad. Génesis 3:8 describe a Dios paseándose en el huerto "al aire del día", una imagen que sugiere cercanía, intimidad y comunión permanente entre el Creador y sus criaturas. Esta escena revela que la identidad humana se desarrollaba originalmente en el contexto de una relación directa con Dios. Wenham (1987, p. 76-77) observa que el huerto aparece como un espacio donde la presencia divina forma parte de la experiencia cotidiana de los seres humanos. De manera similar, Walton (2001, p. 185-188) destaca la participación activa



de Dios en la vida de sus criaturas dentro del orden creado. Asimismo, Mathews (1996, p. 252-255) interpreta el Edén como el ámbito donde la humanidad disfrutaba de una relación plena con su Creador. Estas interpretaciones permiten comprender el Edén no solo como un lugar geográfico, sino como un símbolo teológico de comunión, identidad y plenitud existencial.

La comunión original no se limitaba a la relación con Dios. Génesis presenta también una armonía integral que incluía las relaciones humanas y la relación con la creación. El ser humano vivía libre de miedo, vergüenza, competencia y dominación. Existía una coherencia entre identidad, propósito y relación. Desde esta perspectiva, la plenitud humana consistía en vivir conforme al diseño divino, experimentando una relación equilibrada consigo mismo, con los demás, con la naturaleza y con Dios.

Esta comprensión posee especial relevancia para el estudio de la adolescencia y de la formación relacional. Si la identidad humana tiene su origen en la comunión con Dios y en la experiencia de relaciones significativas, entonces los procesos de aislamiento, fragmentación social y debilitamiento de los vínculos representan una alteración del propósito original de la creación. La búsqueda de pertenencia, aceptación y sentido, tan característica de la adolescencia, encuentra una respuesta profunda en la comprensión bíblica de la identidad como relación y comunión.

Por lo tanto, puede afirmarse que el relato del Edén ofrece mucho más que una explicación sobre los orígenes de la humanidad. Presenta un modelo antropológico y teológico que fundamenta la comprensión cristiana de la identidad y de las relaciones humanas. Desde la perspectiva bíblico-adventista, la persona fue creada para vivir en comunión con Dios y con los demás, y es precisamente en esa experiencia de comunión donde encuentra el fundamento de su identidad, propósito y plenitud.

PECADO, RUPTURA RELACIONAL Y DESINTEGRACIÓN DE LA IDENTIDAD

La entrada del pecado alteró profundamente el orden relacional establecido por Dios en la creación. La desobediencia narrada en Génesis 3 no introdujo únicamente una fractura moral, sino también una ruptura espiritual, relacional y existencial que afectó todas las dimensiones de la vida humana. El relato bíblico muestra que, tras la caída, el ser humano pasó de la comunión al miedo, de la confianza al ocultamiento y de la armonía al conflicto. Génesis 3:8-10 describe cómo Adán y Eva se escondieron de la presencia



divina, evidenciando que el pecado produce distanciamiento y deteriora la relación para la cual el ser humano fue originalmente creado.

Desde una perspectiva bíblico-teológica, el pecado debe entenderse como algo más que una transgresión individual. Constituye una ruptura de la comunión con Dios que afecta la identidad humana y desordena las relaciones con los demás y con la creación. Plantinga (1995, p. 14-18) describe el pecado como una dislocación del orden creado, una alteración de la armonía que Dios había establecido para la vida humana. De manera complementaria, Volf (1998) sostiene que la ruptura de la relación con Dios genera dinámicas de exclusión, hostilidad y fragmentación que repercuten inevitablemente en las relaciones humanas. Estas perspectivas permiten comprender que el pecado posee una dimensión profundamente relacional, ya que destruye los vínculos que sustentan la vida comunitaria y la experiencia de pertenencia.

La comprensión adventista coincide con esta perspectiva al afirmar que el pecado distorsionó la imagen de Dios en el ser humano y afectó su capacidad de reflejar el carácter divino en sus relaciones. White (2009, p.12) señala que la historia de la redención tiene como propósito restaurar aquello que fue dañado por la caída. Desde este enfoque, la pérdida de comunión con Dios no solo produjo consecuencias espirituales, sino también una profunda desorientación respecto a la identidad, el propósito y el sentido de la existencia humana. La ruptura de la relación vertical con el Creador terminó afectando inevitablemente las relaciones horizontales con los demás seres humanos.

Esta separación es expresada de manera explícita en Isaías 59:2, donde se afirma que las iniquidades han hecho división entre Dios y la humanidad. Del mismo modo, Romanos 3:23 declara que todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios, mientras que Efesios 2:12 describe la condición humana apartada de Dios como una existencia sin esperanza y sin Dios en el mundo. Estos textos revelan que el pecado no solo implica culpabilidad moral, sino también alienación espiritual y pérdida de la comunión que originalmente daba sentido a la vida humana.

Desde la visión bíblica, esta ruptura afecta también la comprensión que el ser humano posee de sí mismo. La pérdida de comunión con Dios produce inseguridad, desorientación existencial y fragilidad identitaria. Grenz (2001, p. 214-219) sostiene que la identidad humana solo puede desarrollarse plenamente en el contexto de la relación con Dios y con la comunidad. Cuando dicha relación se fragmenta, la persona experimenta



debilitamiento del sentido de pertenencia, aislamiento y dificultad para construir vínculos saludables. Esta perspectiva ayuda a comprender muchas de las tensiones identitarias presentes en la adolescencia contemporánea.

En este sentido, la crisis relacional observada en la sociedad actual puede interpretarse también como una manifestación histórica de una fractura más profunda. El individualismo, la superficialidad de los vínculos y la creciente fragilidad relacional presentes en la cultura contemporánea reflejan, desde una perspectiva bíblico-teológica, las consecuencias de la ruptura introducida por el pecado. Como observa Cury (2008, p. 31-35), las sociedades contemporáneas experimentan niveles crecientes de ansiedad, aislamiento emocional y dificultades para construir relaciones profundas y estables, especialmente entre adolescentes y jóvenes. Aunque estos fenómenos poseen múltiples causas sociales y culturales, también pueden comprenderse como expresiones de una humanidad que ha perdido parte de su referencia trascendente y de su sentido de pertenencia.

Desde la perspectiva adventista, la problemática relacional contemporánea no encuentra su solución únicamente en estrategias educativas o intervenciones psicológicas, aunque estas resulten valiosas y necesarias. La restauración plena de la identidad humana requiere la reconciliación con Dios, fuente original de significado, propósito y comunión. Por esta razón, la educación cristiana adquiere una función particularmente relevante, al participar del proceso restaurador mediante la formación del carácter, el fortalecimiento de la fe y la promoción de relaciones fundamentadas en los principios del evangelio.

Consecuentemente, la formación relacional del adolescente no puede separarse del problema teológico de la ruptura ni de la necesidad de restauración. Las Escrituras presentan la reconciliación con Dios como el fundamento para la reconstrucción de la identidad humana y de las relaciones interpersonales. Esta realidad prepara el camino para comprender la obra redentora de Cristo, mediante la cual la comunión perdida comienza a ser restaurada y la identidad humana encuentra nuevamente su fundamento en la relación con Dios.



IDENTIDAD CRISTIANA Y RESTAURACIÓN EN CRISTO

La fe cristiana sostiene que la restauración de la identidad humana es posible en Cristo. La reconciliación con Dios no solo restituye la relación vertical rota por el pecado, sino que transforma también la manera en que la persona se comprende a sí misma y se relaciona con los demás. En este sentido, la identidad cristiana no constituye simplemente una afiliación religiosa nominal, sino una nueva manera de comprender la vida a partir de la relación con Cristo. Como afirma 2 Corintios 5:17, “si alguno está en Cristo, nueva criatura es”, expresión que revela el carácter integral de la restauración cristiana. De manera complementaria, Efesios 4:23-24 exhorta a los creyentes a renovarse “en el espíritu de vuestra mente” y a revestirse del “nuevo hombre”, creado según Dios en justicia y santidad, destacando que la transformación cristiana implica una renovación profunda de la identidad y del carácter.

La restauración de la identidad constituye uno de los ejes centrales de la narrativa bíblica. Mientras que el pecado produjo alienación respecto de Dios, de los demás y de uno mismo, la obra redentora de Cristo inaugura un proceso de reconciliación integral. Colosenses 3:10 describe esta experiencia como la renovación del ser humano conforme a la imagen de su Creador, mientras que Romanos 12:2 presenta la transformación de la mente como una evidencia del actuar divino en la vida del creyente. Estos textos muestran que la salvación bíblica no se limita al perdón de los pecados, sino que incluye la restauración progresiva de la identidad humana según el propósito original de Dios.

Desde la perspectiva adventista, esta restauración se encuentra estrechamente vinculada al concepto de restauración de la imagen de Dios. White (2009) sostiene que el propósito de la redención es devolver al ser humano la semejanza moral y espiritual perdida a causa del pecado. De manera similar, Knight (2006, p.209) afirma que la educación cristiana participa del proyecto redentor de Dios al procurar el desarrollo integral del individuo y la formación de un carácter semejante al de Cristo. En consecuencia, la identidad cristiana no se define únicamente por creencias doctrinales, sino por un proceso continuo de transformación que involucra valores, actitudes, decisiones y relaciones.

La restauración en Cristo implica una nueva comprensión del valor personal, del propósito de la vida y del lugar del otro en la experiencia humana. La ética cristiana del amor, del servicio y de la responsabilidad se convierte así en criterio para la formación de



vínculos saludables. El mandamiento de amar a Dios y al prójimo (Mt 22:37-39) expresa la dimensión relacional de la vida cristiana y revela que la restauración espiritual posee implicaciones concretas para la convivencia humana. Cuando el adolescente internaliza su identidad a la luz del evangelio, dispone de un marco más sólido para enfrentar presiones culturales, orientar sus decisiones y construir relaciones más maduras y significativas.

Esta comprensión teológica posee importantes implicaciones educativas. Nussbaum (2010), Noddings (2013) y los resultados del *Survey of Social and Emotional Skills* (2021) de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OECD) han señalado las limitaciones de los modelos formativos centrados predominantemente en indicadores de rendimiento y productividad académica para atender las dimensiones emocionales, éticas y relacionales del desarrollo adolescente.

Nussbaum (2010) advierte que los sistemas educativos excesivamente orientados a la productividad y al rendimiento económico tienden a relegar la formación ética, crítica y humanística de los estudiantes. De manera complementaria, Noddings (2013) señala que una educación centrada prioritariamente en resultados académicos puede descuidar las dimensiones relacionales, afectivas y morales del desarrollo humano. Asimismo, los resultados del *Survey of Social and Emotional Skills* (2021), de la OECD, evidencian la importancia de las competencias socioemocionales para el bienestar, la convivencia y el desarrollo integral de los jóvenes.

Si bien estas investigaciones proceden principalmente del ámbito educativo contemporáneo, sus conclusiones convergen con principios históricamente defendidos por la educación cristiana. En este sentido, la educación confesional cristiana, y particularmente la educación adventista, propone una comprensión holística de la persona que integra las dimensiones intelectual, espiritual, emocional, física y social. Knight (2006, p. 213) afirma: “La educación es una parte de ese esfuerzo restaurador y reconciliador de Dios. Por lo tanto, se lo puede ver como una actividad redentora”. De este modo, el proceso educativo no se limita a la transmisión de conocimientos, sino que busca desarrollar identidad, sentido de propósito, madurez espiritual y responsabilidad social.

Esta perspectiva adquiere especial relevancia durante la adolescencia, etapa en la que se consolidan aspectos fundamentales de la identidad y del desarrollo socioemocional. Noddings (2013) destaca que las relaciones de cuidado y apoyo



constituyen un componente esencial de los procesos educativos significativos, mientras que la OECD (2021) señala que el sentido de pertenencia, el apoyo interpersonal y las competencias socioemocionales se encuentran estrechamente relacionados con el bienestar y el desarrollo integral de los estudiantes. Estas conclusiones resultan especialmente relevantes en contextos contemporáneos marcados por la ansiedad, la fragmentación relacional y la crisis de sentido.

La formación integral promovida por la educación cristiana también reconoce la importancia del carácter en la construcción de una identidad sólida y de relaciones saludables. White (2009, p. 181-183) subraya que los hábitos y principios desarrollados durante la juventud ejercen una influencia duradera sobre el carácter y las decisiones futuras. En consecuencia, la adolescencia constituye una etapa particularmente significativa para el desarrollo de disposiciones espirituales, emocionales y relacionales que favorezcan una vida coherente con los valores cristianos y una participación responsable en la comunidad. Desde esta perspectiva, la restauración de la identidad en Cristo no constituye únicamente una experiencia espiritual individual, sino también un proceso que transforma la manera en que las personas viven, se relacionan y participan en la comunidad humana.

APORTES DE LA EDUCACIÓN ADVENTISTA A LA FORMACIÓN RELACIONAL

La educación adventista se caracteriza por una visión integral del ser humano y por una comprensión redentora del proceso educativo. Su propósito no se limita a la transmisión de conocimientos, sino que abarca la restauración de la imagen de Dios en el estudiante y la formación armónica de las dimensiones intelectual, física, emocional, social y espiritual. En este marco, la formación relacional no constituye un aspecto secundario o complementario, sino una dimensión central de la tarea educativa. Knight (2006, p. 25-27) sostiene que la educación cristiana posee una finalidad esencialmente transformadora, orientada a preparar individuos capaces de vivir responsablemente en relación con Dios, consigo mismos y con la sociedad.

Desde la perspectiva adventista, el desarrollo de la identidad cristiana requiere ambientes formativos donde la fe se articule de manera concreta con la vida cotidiana, el aprendizaje y la convivencia escolar. Esto implica promover relaciones pedagógicas basadas en la escucha, el respeto, el acompañamiento y el servicio. La escuela confesional



no solo transmite contenidos doctrinales; también modela formas de convivencia, criterios éticos y experiencias comunitarias que influyen en la construcción identitaria de los adolescentes.

La educación confesional cristiana comprende estos valores también como expresión del carácter de Dios y de la historia bíblica de la relación entre Dios y la humanidad. Mientras muchos enfoques educativos contemporáneos justifican la convivencia y el cuidado desde perspectivas psicológicas, ciudadanas o humanistas. Esta diferencia no invalida las contribuciones de los modelos no confesionales, sino que abre posibilidades de diálogo interdisciplinario y complementariedad pedagógica.

Durante la adolescencia, este enfoque adquiere especial relevancia. Desde la perspectiva del desarrollo humano, Erikson (1976) destaca la importancia de referentes significativos en la consolidación de la identidad durante la adolescencia. De manera complementaria, Noddings (2013) enfatiza que las relaciones educativas basadas en el cuidado, la atención y el acompañamiento favorecen el desarrollo emocional y social de los estudiantes. En este sentido, el rol de docentes, familias, pastores escolares y comunidad educativa se vuelve decisivo en la construcción de ambientes seguros de pertenencia y formación integral. La educación adventista propone un enfoque preventivo y formativo orientado al desarrollo integral del individuo, una propuesta preventiva y restauradora orientada a la formación de sujetos capaces de vivir con sentido, responsabilidad ética y compromiso comunitario.

Las prácticas comunitarias y espirituales pueden favorecer el sentido de pertenencia y el desarrollo socioemocional adolescente. La filosofía de la educación adventista integra estas dimensiones en el convivir cotidiano, comprendiendo el proceso educativo no solo como transmisión de conocimientos, sino también como formación integral del ser humano. Knight (2006) sostiene que la educación cristiana debe integrar intencionalmente las dimensiones espiritual, social y moral del desarrollo humano, mientras que White (2009) subraya el valor formativo de las experiencias compartidas y del servicio en la construcción del carácter. Desde esta perspectiva, actividades comunitarias y espirituales, como semanas de oración, proyectos misioneros y espacios de reflexión, constituyen oportunidades concretas para fortalecer vínculos interpersonales, desarrollar empatía y fomentar el sentido de pertenencia.



Particularmente durante la adolescencia, estas prácticas adquieren especial importancia, ya que los jóvenes se encuentran en una etapa decisiva para la consolidación de su identidad y el desarrollo de habilidades sociales y socioemocionales. A través de momentos espirituales, reflexivos y comunitarios, los estudiantes participan activamente de experiencias que contribuyen al desarrollo de competencias relacionales, al fortalecimiento del carácter y a la construcción de una identidad fundamentada en principios cristianos. La propuesta pedagógica adventista procura integrar espiritualidad, convivencia y desarrollo humano dentro del proceso educativo.

CONCLUSIÓN

A partir de los hallazgos teóricos desarrollados en este estudio, es posible proponer un modelo analítico relacional-restaurador para comprender la contribución de la educación cristiana en la adolescencia contemporánea. Este modelo articula cuatro dimensiones fundamentales: (1) Dimensión antropológica: el ser humano como sujeto relacional creado para la comunión; (2) Dimensión identitaria: la construcción de identidad mediante pertenencia, reconocimiento y sentido; (3) Dimensión restauradora: la reconciliación con Dios y con los demás como proceso formativo; (4) Dimensión pedagógica: la escuela como comunidad de acompañamiento, cuidado y desarrollo integral.

Con este fin, las relaciones saludables no se desarrollan únicamente mediante contenidos escolares, sino mediante experiencias educativas concretas que favorezcan convivencia significativa, participación comunitaria, mentoría, espiritualidad práctica y acompañamiento socioemocional.

Las implicaciones pedagógicas de este enfoque son relevantes. Entre ellas pueden señalarse: (1) Desarrollo de programas de mentoría y acompañamiento adolescente; (2) Fortalecimiento de prácticas de escucha y apoyo emocional; (3) Integración intencional de espiritualidad y convivencia escolar; (4) Promoción de metodologías colaborativas y aprendizaje-servicio; (5) Formación docente en competencias relacionales y socioemocionales; (6) Construcción de culturas escolares basadas en pertenencia y cuidado comunitario.

Este estudio evidencia la necesidad de futuras investigaciones empíricas que permitan profundizar la relación entre identidad cristiana, espiritualidad y desarrollo



socioemocional adolescente. Resultaría especialmente relevante analizar: (1) El impacto del acompañamiento espiritual en la salud relacional de los adolescentes; (2) La influencia del clima escolar confesional en el sentido de pertenencia; (3) Las diferencias entre modelos educativos confesionales y no confesionales en el desarrollo socioemocional; (4) La relación entre prácticas espirituales y resiliencia adolescente; (5) El papel de la comunidad educativa en la prevención del aislamiento y la fragilidad vincular.

En síntesis, la adolescencia constituye una etapa decisiva para la consolidación de la identidad y la construcción de relaciones significativas. En la cultura contemporánea, este proceso se ve afectado por la fragilidad de los vínculos, la aceleración social y la influencia ambivalente de las tecnologías digitales. Frente a este escenario, el presente estudio sostiene que la identidad cristiana ofrece una base sólida para la formación del adolescente, especialmente cuando se traduce en prácticas educativas concretas, comunidades acogedoras y procesos pedagógicos coherentes con la dignidad integral del ser humano.

REFERENCIAS

BAUMAN, Zygmunt. **Amor líquido**: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos. Buenos Aires: Paidós, 2005.

BONHOEFFER, Dietrich. **Vida en comunidad**. Salamanca: Sígueme, 2012.

BRASIL. Ministério dos Direitos Humanos e da Cidadania. **Brasil consolida avanços históricos nas políticas para infância e adolescência em 2025**. Brasília: Governo Federal do Brasil, dez. 2025. Disponível em: <https://www.gov.br/mdh/pt-br/assuntos/noticias/2025/dezembro/brasil-consolida-avancos-historicos-nas-politicas-para-infancia-e-adolescencia-em-2025>. Acesso em: 10 jun. 2026.

CURY, Augusto. **Padres brillantes, maestros fascinantes**. Barcelona: Zenith, 2008.

EDDY IVES, L. S. La identidad del adolescente: cómo se construye. **Adolescere**: revista de formación continuada de la Sociedad Española de Medicina de la Adolescencia, v. 2, n. 2, p. 14–18, 2014.

ERIKSON, Erik H. **Childhood and society**. 2. ed. New York: W. W. Norton, 1963.

ERIKSON, Erik H. **Identidad, juventud y crisis**. Buenos Aires: Paidós, 1976.

GRENZ, Stanley J. **The social God and the relational self**: a Trinitarian theology of the *imago Dei*. Louisville: Westminster John Knox Press, 2001.



- KNIGHT, George R. **Filosofía y educación**: una introducción a la perspectiva cristiana. Miami: Asociación Publicadora Interamericana, 2006.
- MATHEWS, Kenneth A. **Genesis 1–11:26**. Nashville: Broadman & Holman, 1996.
- NODDINGS, Nel. **Caring**: a relational approach to ethics and moral education. 2. ed. Berkeley: University of California Press, 2013.
- NUSSBAUM, Martha C. **Sin fines de lucro**: por qué la democracia necesita de las humanidades. Buenos Aires: Katz Editores, 2010.
- OECD. **Beyond academic learning**: first results from the survey of social and emotional skills. Paris: OECD Publishing, 2021.
- PLANTINGA JR., Cornelius. **Not the way it's supposed to be**: a breviary of sin. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1995.
- SANTANA VEGA, L. E.; GÓMEZ MUÑOZ, A. M.; GARCÍA, L. F. Uso problemático del móvil, fobia a sentirse excluido y comunicación familiar de los adolescentes. **Comunicar**: revista científica de comunicación y educación, v. XXVII, n. 59, p. 39-47, 2019.
- TURKLE, Sherry. **Alone together**: why we expect more from technology and less from each other. New York: Basic Books, 2011.
- VOLF, Miroslav. **Exclusion and embrace**: a theological exploration of identity, otherness, and reconciliation. Nashville: Abingdon Press, 1998.
- WALTON, John H. **Genesis**. Grand Rapids: Zondervan, 2001.
- WENHAM, Gordon J. **Genesis 1–15**. Waco: Word Books, 1987.
- WHITE, Ellen G. **La educación**. Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2009.